



AUTOR:  
PABLO  
HERREROS

## EL DILEMA DE ADÁN Y EVA

*Tu ombligo es una  
copa redonda*

Hoy día, prácticamente todo el mundo da por hecho que el evolucionismo Darwiniano es un hecho refutado, y todos entendemos que el ser humano, así como el resto de especies del planeta venimos de un largo proceso evolutivo hasta llegar a un ancestro común, que sería algo así como una bacteria primigenia. Bien es cierto que en algunos países occidentales, tales como Brasil o incluso los Estados Unidos, aún se enseña en muchas de sus escuelas las teorías creacionistas, en las que Dios creó todo lo que conocemos en tan sólo seis días.

Centrémonos quizás en estas segundas teorías, tan aceptadas hace unas cuantas décadas, pero quizá ya un tanto desfasadas. De todos es sabido que Adán fue creado del barro a imagen y semejanza de Dios. De él, salió Eva, su compañe-

ra, amante, y madre primigenia de todos nosotros. Dentro de las representaciones clásicas –y no tan clásicas– de Adán y Eva se observa un patrón recurrente: siempre tienen ombligo, desde Masacio o Durero hasta Tissot o la propia familia Simpson. No hace falta recordar que el ombligo no es más que la cicatriz del cordón umbilical, el nexo de vida con nuestra madre.

En la Biblia hay efectivamente referencias a esa parte de la anatomía humana, tal y como queda reflejado en el *Cantar de los Cantares*, escrito en torno al siglo IV a.C. Es cierto que este libro es interpretado por algunos estudiosos de maneras muy desiguales. Unos lo ven como una muestra de amor entre la Virgen María y la Sabiduría –muy alegórico todo ello–; otros como la unión entre el Señor y su pueblo elegido; y algunos de ellos como el amor entre Adán y Eva. Tomando como referencia la interpretación del texto hacia la hipótesis de Adán y Eva, tal vez esto se deba a una falta de conocimiento de antropolo-

gía por parte de los autores de la época, a un pequeño desliz, a una licencia poética, o bien a un fallo en los dogmas de fe. Una doctrina poco trabajada en el momento de escribir tan magna obra, quizá.

En los siglos XVIII y XIX ya había una incipiente comunidad científica, encabezada por eminencias de la talla de George Louis Leclerc, Charles Lyell o James Hutton, que dudaba que las ideas postuladas en las Sagradas Escrituras fueran estrictamente ciertas basándose en los estratos geológicos y los restos fósiles encontrados. Para desprestigiar a aquellos valientes científicos, algunos autores como Philip Henry Gosse se las veían y se las ingeniaban para reconciliar esos datos geológicos, que ya en la época de Lyell eran irrefutables, con lo escrito en la Biblia. De este modo, Gosse aceptaba que en la naturaleza encontrásemos restos fósiles, huellas de eventos u organismos del pasado, pero argumentaba que estaban allí porque Dios las había colocado ahí adrede, sosteniendo que la edad de la Tierra era de tan sólo unos pocos miles de años, tal y como marca el *Génesis*. Del mismo modo, Adán y Eva tenían ombligo, no porque esta cicatriz tuviese las implicaciones de tener una progenitora, sino simplemente porque Dios decidió que ellos también tuviesen ombligo. Así de simple. El problema es que esa

teoría es tan válida para una Tierra creada hace 6.000 años, como para una Tierra creada hace cinco minutos. Es decir, que Gosse pone su reloj a cero siguiendo la cronología bíblica, pero éste es un hecho totalmente arbitrario y, por consiguiente, completamente inválido.

Por ende, si Adán y Eva surgieron de la nada, del barro, no deberían tener ombligo en ningún caso, salvo que haya un fallo en el dogma de fe. Y si, por tanto, estaban hechos a la imagen de Dios, tampoco creo que éste tuviese ombligo. Imagínense las implicaciones sacrílegas de tal idea. ¡Un Dios con ombligo! Cuando algo nos parece extraordinario o sorprendente, en castellano decimos “¡La madre de Dios!”. Pero en este caso ya no nos referiríamos a la Virgen María, sino a la madre de Dios Padre Todopoderoso. No me quiero imaginar las broncas de *La Madre de Dios* cuando éste dejaba su habitación sin ordenar. Terrible. Mejor sigamos con la idea de que Dios no tenía ombligo.

En fin, el hecho de tener o no tener ombligo, más que un problema de orden filosófico (quiénes somos y de dónde venimos, etcétera) me genera un problema mucho más mundano, más del día a día. Nuestra pareja, tan representada a lo largo de la historia en multitud de obras, vivían en el paraíso. Un paraíso en el que solamente había felices animales sueltos correteando libres por el Jardín del Edén, árboles frutales repletos de apetitosos manjares de la naturaleza, flores por doquier, ríos de agua cristalina y, por supuesto, ni un ápice de suciedad. En todas las representaciones de Adán y Eva, sean pictóricas o interpretativas, se nos muestra un panorama idílico, de belleza pura, eclipsada únicamente por la presencia de la serpentilla con esa lengua bífida y pécora, parafraseando a Martes y 13.

En ese Jardín del Edén, no había nada de suciedad, ni una pizca de polvo, y ni una sola pelusa por el suelo. Y es lógico que no hubiese pelusas porque, como os digo, Adán y Eva no tenían ombligos. Los ombligos son, como todos sabemos, la mayor fuente de pelusas del universo conocido. Da igual que te duches a diario, que uses ropa de algodón o de lana, siempre están ahí, omnipresentes. Por otro lado, y dado que la

temperatura del Jardín del Edén, según las crónicas, era realmente agradable, no necesitaban resguardarse en casa del frío o de las inclemencias meteorológicas. Por ende, tampoco tenían una cama donde echarse un rato, y las pelusas tampoco se podían acumular bajo ella. Realmente es lógico que viviesen en el paraíso, ya que tampoco había suegras -no tenían madre ni padre biológicos- que le dijese a nuestra pareja que había encontrado una pelusa en la esquina del comedor. Creo que la única casa equiparable al nivel de limpieza y pulcritud que tenía el Edén era la de Kyle, de la serie de televisión Kyle XY, personaje que tampoco tenía ombligo. Me quiero imaginar a Adán tomándose una ducha y pensando “que no se me olvide lavarme bien el ombligo” y después verse y decir sonriendo, “¡Ups, si no tengo!”. No tenía, hasta que llegaron las primeras representaciones iconográficas de Adán y Eva.

Todos sabemos que el diablo, en forma de serpiente, le ofreció una manzana envenenada a Eva, cual bruja malvada de Blancanieves. Y Eva pecó, se comió la manzana del Árbol del Conocimiento, y se la ofreció a Adán, que también comió de aquel fruto envenenado. El castigo de Dios fue expulsarles de ese paraíso sin pelusas. O eso nos quisieron hacer creer. Muchos eclesiásticos nos dicen que el Antiguo Testamento debe ser tomado como una interpretación de lo que pasó en aquel tiempo, no teniendo que tomarlo todo literalmente. Mi interpretación es la siguiente: pienso que no hubo tal serpiente, y que tampoco les expulsaron del paraíso.

Todo se fue al garete cuando Durero y compañía le pintó el ombligo. Ellos allí, tan felices sin ombligo y sin pelusas, y de repente



¡zas!, llegó Durero y compañía y todo el Edén acabó lleno de pelusillas. Pelusas que fueron creciendo, reproduciéndose y extendiéndose por doquier. Y después llegaron Caín y Abel, con sus correspondientes bolitas ombligueras y rifirrafes filiales. Y a partir de ahí, fueron multiplicándose en progresión geométrica, ya que por aquella época las proles eran muy numerosas y longevas. Así que en realidad allí seguimos nosotros hoy día, en aquel mismo Jardín del Edén, sólo que ya no es tal, porque está lleno de suciedad. Solamente para terminar de esclarecer este asunto: ¿A qué nos referimos cuando decimos “paraíso terrenal”? ¿No os habéis percatado que en tales paraísos la tónica general es la ausencia de seres humanos? ¿No es verdad que no hay pelusas? No creo en las casualidades. Hay una relación de causa-efecto entre la presencia de seres humanos y la cantidad de pelusas en un ecosistema.

Por lo tanto, sin querer corregir a estos grandiosos pintores, creo humildemente que cometieron y comenten reiteradamente un error básico: si Adán y Eva vivían en el paraíso efectivamente, no podían tener ombligos. No ya por no tener una madre *sensu stricto*, sino porque en un paraíso como lo era el Jardín del Edén y donde todo era perfecto, no podía haber pelusas •